

Aspectos Sociológicos de Bolivia

Por Arturo URQUIDI. Rector de la Universidad Mayor de San Simón. Cochabamba, Bolivia. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

BOLIVIA es un país de extenso territorio y escasa población. En una superficie de 1,198.481 kms.² tiene, según el último censo, 3,019.031 habitantes; o lo que es lo mismo, cuenta con una densidad demográfica de 2.5 por km². Hay, como se ve, una evidente desproporción entre la cifra demográfica y el área habitable de la República.

1.—*Conclusiones de los organismos técnicos del censo.* El “Comentario” oficial sobre los resultados del citado censo llega a la conclusión de que Bolivia tiene “un incremento vegetativo pequeño y un decrecimiento migratorio”. Atribuye tal estado de cosas, que lo califica de “aterrador para nuestra realidad demográfica”, a las siguientes principales causas:

En cuanto al *crecimiento vegetativo*:

a) Deficiencias en la organización sanitaria del país y especialmente en lo que se refiere a la atención prenatal, a cuya consecuencia los casos de nonatos son demasiado frecuentes, particularmente entre los indígenas y la clase obrera;

b) La práctica del aborto provocado, más generalizada entre las clases media y alta de la sociedad, ya por presiones de carácter moral

Agrégase a todo lo anterior, como “otros factores de decrecimiento”, las desmembraciones territoriales y las guerras internacionales e internas.

En síntesis, el citado “Comentario” estima los resultados del censo de 1950, en relación con el de 1900, en la siguiente forma:

| | |
|--|-------|
| Índice de crecimiento vegetativo | 1.66% |
| „ „ decrecimiento migratorio | 0.41% |
| „ „ crecimiento total | 1.25% |

2.—*La base vital de la población.*—No se puede negar que las “causas” o “factores” enumerados por la Dirección Técnica del Censo de 1950 influyen evidentemente, en mayor o menor grado, en la disminución de la cifra demográfica del país; pero, a nuestro juicio, tales causas o factores son de secundaria importancia, apenas emergentes o subsidiarios de otros más fundamentales y profundos, como son la organización de la economía social y el desarrollo de las fuerzas productivas.

Para que la población de un país aumente es indispensable que previamente se modifique la “base vital” en que se sustenta dicha población; y la base vital de un agregado social no puede modificarse sino mediante el incremento o desarrollo de las *fuerzas productivas*, mediante un sistema de relaciones en la organización de la economía y de la sociedad misma.

La modificación favorable de la base vital de la sociedad trae consigo, desde luego, condiciones mejores de alimentación, alojamiento, vestuario, higiene y cultura; factores todos éstos de gran eficacia para lograr un incremento normal en la población de un país, a base de un nuevo tipo de equilibrio entre los nacimientos y las defunciones.

En el caso concreto de Bolivia, para conseguir el aumento de su población, se hace indispensable, por lo tanto, transformar, ante todo, su economía, creando un nuevo orden de relaciones técnico-productivas. La transformación de su economía supone, a su vez, la racionalización de la agricultura, la diversificación industrial y, en suma, un aprovechamiento más intensivo y autónomo de sus recursos naturales. Este proceso de transformación económico trasciende inevitablemente al área política y se sintetiza, para las actuales circunstancias históricas, en dos postulados concretos: lucha antifeudal, en lo interno, y lucha antiimperialista, en lo internacional.

Mientras no se tome este camino, es inútil esperar un aumento apreciable de nuestra cifra demográfica. Además, fuera de estas condiciones

previas, todo aumento de población sería contraproducente, porque el exceso de habitantes sobre el índice actual, carecería de medios de subsistencia y no haría otra cosa que agravar nuestra aflictiva situación.

3.—*Inmigración*.—La idea de promover una fuerte corriente inmigratoria hacia Bolivia obsesiona a la mayor parte de nuestros conductores públicos, pues se considera que el aporte de nuevos contingentes humanos contribuiría a la solución de nuestros problemas fundamentales. Se piensa, en efecto, que la inmigración tendría la virtud de activar la industrialización del país, de mejorar la calidad étnica de nuestro pueblo y de elevar, en suma, su nivel cultural.

Sin desconocer la importancia del factor inmigratorio, nosotros pensamos que es más útil y perentorio preocuparse de la población nativa, de lo nacional, de lo que es propio nuestro, mejorando las condiciones materiales y culturales de su existencia, por la vía de las transformaciones económico-sociales a que nos hemos referido antes. Las ventajas que pudiera reportar la inmigración, jamás serán tantas ni superiores a las que se obtengan enriqueciendo al potencial energético de nuestro propio pueblo. Como dijera el gran sociólogo mexicano Antonio Caso, respecto de su patria, también en Bolivia “*debemos cuidar, ante todo, la planta humana nuestra: cultivarla, atenderla y eugenizarla con solicitud cristiana y patriótica*”.

En Bolivia se habla mucho de “nacionalismo” y se reniega contra todo lo *foráneo*... Sin embargo, cuando se trata de plantear nuestro problema demográfico, hasta los más recalcitrantes “nacionalistas” se muestran inconsecuentes con su propia posición doctrinal, porque confieren mayor importancia al elemento extranjero y posponen la “planta humana nuestra”, lo “aborigen” lo “nacional”.

Con esto no queremos despertar la menor sospecha de xenofobia. Muy lejos estamos de ello. Nuestra posición ideológica acreditada desde la condición de estudiantes y continuada después al través de la cátedra, por una parte, y nuestro convencimiento íntimo de que a mayor civilización corresponde un ensanchamiento cada vez más vasto de los fenómenos de inter-relación humana, por otra, seguramente nos ponen a cubierto de incurrir en semejante despropósito. Lo único que perseguimos es que nuestros problemas se planteen de modo más consecuente para con los intereses vitales del país y que sigan un orden de precedencia más lógico y racional.

La inmigración, como factor subsecuente, es útil y necesaria, tanto para acrecentar nuestro índice demográfico, cuanto para acelerar el progreso del país. Pero este problema es más complejo de lo que generalmente se cree, porque no consiste en el hecho simple de estimular la afluencia de gente extraña.

Abordando sintéticamente el problema, la planificación de una corriente migratoria debería contemplar, a nuestro modo de ver, los siguientes aspectos:

a) *Aspecto económico.* En este aspecto se debe pensar ante todo en una adecuada localización geográfica de los núcleos de inmigrantes, resolviendo, previo un detenido estudio, si éstos deben radicarse en lugares próximos a los centros poblados, o en las zonas baldías del territorio nacional, o en ambas formas simultáneamente. En el primer caso, se obtendría la ventaja de que los inmigrantes, aparte de contar desde un principio con favorables condiciones para desarrollar sus actividades, dejarían sentir su influencia de inmediato sobre las poblaciones circunvecinas, especialmente rurales. En el segundo caso —más complejo, desde luego, por una serie de problemas previos a resolver— la ventaja fundamental consistiría en vitalizar zonas hasta hoy abandonadas, incorporándolas al concierto de las actividades nacionales. Finalmente el tercer caso, que implica una forma mixta, probablemente sería el más ventajoso, aunque, por cierto, exigiría mayor esfuerzo de parte del Estado.

Sin embargo, cuando se habla de inmigración, el concepto dominante siempre vincula dicho problema con la necesidad de poblar las zonas orientales del país, lo cual nos obliga a dedicar preferente atención a este caso.

Al respecto, está generalizada la creencia de que el país cuenta todavía con extensas zonas francas de territorio en la Hoya Amazónica donde puede extenderse la población, haciendo que cada habitante disponga de la superficie de tierras necesaria para establecerse y cultivarla. Pero la realidad es diferente. Hace tiempo que allí se ha consumado un monstruoso monopolio territorial, por parte de unas cuantas firmas poderosas, que han consolidado en su favor inmensas concesiones, de millones y millones de hectáreas.

Por eso, en un trabajo que publicamos en 1939, después de dar cifras concretas sobre algunas de dichas concesiones, dijimos lo siguiente:

“Frente a cifras tan fantásticas, se comprenderá cómo la política dadivosa y desatentada del Gobierno, va liquidando la “reserva del por-

venir" . . . Para cuando la religión cordillerana, agotada su rica entraña, no pueda rendir más, las generaciones del futuro ya tienen sus nuevos "amos" en el Oriente . . ."

Hace pues falta que el Ministerio de Agricultura, Ganadería y Colonización publique un mapa donde se conozcan, exactamente, las zonas concedidas y sus extensiones, y se pueda saber, al mismo tiempo, qué saldo de patrimonio territorial tiene todavía el Estado en el Oriente para desarrollar una política de colonización, ya con nacionales, ya con inmigrantes.

Suponiendo que el Estado contase aún con suficientes espacios francos —y probablemente se impondrá, en dado caso, la necesidad de revisar y tal vez de revestir las concesiones actualmente otorgadas—, un segundo problema que se plantea para llevar a cabo una política de inmigración, es el relativo a la forma de apropiación que se habrá de reconocer a los futuros colonos; esto es, si se los ha de declarar ocupantes temporarios, o definitivos; si la propiedad ha de ser colectiva, o individualizada, etc.; aspectos que, por cierto, deberán merecer un atento estudio, consultando los intereses de las partes contratantes.

Por lo demás, bien se sabe que una colonia de inmigrantes, para desarrollarse en forma satisfactoria, necesita contar con una buena organización crediticia; disponer de mercados fácilmente accesibles, con vías de comunicación estables; de medios agrotécnicos modernos y adecuados; de protección sanitaria; de instituciones y medios de cultura; etc.

Todo esto requiere, naturalmente, la inversión de cuantiosas sumas, con las cuales el Estado podrá contar sólo cuando adquiera una completa soberanía sobre la explotación y el tráfico de sus recursos naturales, evitando la absorción parasitaria de éstos por consorcios tanto internos como externos.

b) *Aspecto étnico.* Somos opuestos a todo juicio de discriminación racial. Consideramos que, dentro de un concepto de unidad fundamental de la especie humana, todos los grupos étnicos tienen la posibilidad de alcanzar los más altos niveles de cultura, cuando las condiciones materiales de su existencia les son favorables. Sin embargo, como el fenómeno del *mestizaje* crea, al parecer, algunos problemas de orden genético aun no resueltos debidamente por la ciencia, —sobre todo ahora cuando las leyes de la herencia son materia de obstinada controversia entre los partidarios de la Escuela de Weismann, Mendel y Morgan, por una parte, y la de Michurín y Lisenko, por otra—, es prudente, sin duda, atenerse

al autorizado dictamen de genetistas, etnólogos y sociólogos, para escoger el elemento étnico cuya miscegenación con el nuestro, produzca un tipo racial óptimo por su constitución psicosomática.

c) *Aspecto social.* Los pocos inmigrantes que llegan al país se mezclan, por lo general, con individuos de las capas superiores de nuestra población. Por eso no es raro ver que inmigrantes de la más baja extracción aparezcan, a corto plazo, formando parte de la aristocracia criolla, con todas las características y defectos de ésta, en cuanto a vanidad y prepotencia.

El inmigrante, por su mayor grado de cultura, o simplemente por pertenecer a los pueblos europeos, menosprecia a los elementos populares, especialmente indígenas. En este hecho radica, por consiguiente, su propensión a aristocratizarse en nuestro medio. Por eso, particularmente el inmigrante blanco, se superpone, pero no se identifica con la substancia misma de nuestro pueblo, ni como aporte biológico ni como factor de liberación social. Al vincularse con los estratos sociales superiores, pronto adquiere poderío y habilidad para manejar influencias familiares y burocráticas, se convierte en usufructuario de nuestras riquezas y adquiere, finalmente, toda la psicología de las clases dominantes y privilegiadas. Todavía algo más: no son pocos los inmigrantes que después de “hacer la América” se sienten incómodos en el país y vuelven a su patria de origen o buscan otras latitudes para establecerse como grandes señores y derrochar el dinero que acumularon a costa del trabajo sacrificado de nuestros obreros.

Las masas populares e indígenas son, seguramente, las que más necesitan mestizarse para renovar su acervo o potencial biológico y elevar su nivel de cultura. Para conseguir ambas finalidades se requiere, en primer término, mejorar las condiciones de vida de dichas masas populares e indígenas, de tal manera que los inmigrantes no tengan a menos mezclar su sangre con la de aquéllas; y, en segundo lugar, escoger un tipo de inmigrante que traiga la firme decisión de arraigar en nuestra tierra, de transfundirse biológica y socialmente con nuestro pueblo y de hacer, en suma, causa común con todas nuestras aspiraciones de progreso.

El cruzamiento puramente étnico u orgánico no tendría mayor eficacia si no repercutiese en un verdadero “mestizaje social”, de vastas y profundas consecuencias, que al abarcar todas las manifestaciones de la vida, determine un ascenso de las masas populares e indígenas en

cuanto a costumbres, disciplina de trabajo, vestuario, régimen alimenticio, etc., etc.

4. *Aumento de población.* Ya hemos dicho que el Censo de 1950 nos ha revelado que Bolivia es un país de escasa población, con una densidad mínima de 2.5 habitantes por Km.² Esta densidad ni siquiera es uniforme. La región interandina, donde se encuentran las principales ciudades y los centros mineros y agrícolas de mayor importancia, tiene un índice más alto de población. La zona de los llanos orientales, exceptuando pequeños núcleos, está prácticamente despoblada en la mayor parte de su superficie. La dispersión demológica por los ámbitos del territorio, así como la heterogeneidad de sus componentes, fisonomizan a nuestro país desde el punto de vista de la población.

Para un criterio simplista sería más ventajoso que el país continuase con un índice demográfico bajo, ya que todo aumento de población no haría otra cosa que agudizar nuestros problemas, acentuando la pobreza y la miseria en las clases populares. Sin embargo no es así, cuando el problema se lo considera seriamente y desde un punto de vista científico. Bolivia tiene pues, por el contrario, la necesidad imperiosa de aumentar su población, porque no se puede concebir un Estado próspero con una escasa población. Corroboran este hecho las razones que pasamos a exponer:

Según una conocida ley dialéctica, los “aumentos cuantitativos devienen cambios cualitativos” Esta ley rige tanto en el mundo físico como en el mundo social. En el caso concreto que nos ocupa, el aumento de la población trae consigo fenómenos nuevos, desacostumbrados o insólitos. “Cuando una sociedad aumenta su población —dice a propósito un sociólogo— no sólo se produce el incremento de las necesidades que antes existían, sino que aparecen nuevas necesidades; porque también en las actividades humanas, como en los hechos físicos y biológicos, al incremento cuantitativo de las causas sigue la multiplicación correlativa de los efectos”

El aumento de la población abre campo a un mayor mercado de consumo que a su vez estimula la producción; determina, concretamente, una mayor división del trabajo, la diversificación de actividades productivas, el dominio cada vez más intenso del medio geográfico, la multiplicación de relaciones de todo orden (genésicas o familiares, económicas, culturales y sociales en general); promueve por otra parte, necesidades

méditas y estimula más ambiciones, facilita, en fin, los procesos correlativos de imitación e invención, porque en virtud de lo que Durkheim llama la "densidad moral", "en donde más se imita es donde más se inventa", etc., etc.

5. *Las fuerzas productivas del país.* El crecimiento demográfico, por necesario que fuese para el desarrollo social, no constituye, sin embargo, un factor cardinal o determinante de tal desarrollo, ni es suficiente, por sí solo, para explicar el proceso de las transformaciones sociales y de los cambios que se operan en el curso de la evolución histórica de la humanidad.

La relación fundamental entre el hombre y la naturaleza se manifiesta mediante el trabajo, mediante la actividad productiva.

Esa relación es esencialmente dinámica en función del progreso técnico y de las relaciones de producción que ese progreso trae consigo. Hay mucha diferencia, por cierto, entre el trabajo con instrumentos de piedra de las épocas primitivas y el mecanizado sistema de producción de los tiempos modernos, así como también hay diferencia entre las respectivas formas de organización social consecuentes a dichos sistemas de producción.

Por tanto, ningún progreso se puede esperar en la vida de cualquier agregado social, si no se actúa previamente sobre las condiciones del trabajo social, sobre las formas en que se opera la relación fundamental entre el hombre y la naturaleza; esto es, si no se transforman los *modos de obtención de los medios de vida necesarios para la existencia del hombre y las relaciones que vinculan a éste con sus semejantes dentro del proceso del trabajo, dentro del proceso de la actividad productiva.*

La economía de Bolivia presenta un carácter mixto o combinado. Coexisten en nuestro país las técnicas más avanzadas en la industria minera y las formas más retrasadas y hasta arcaicas en el trabajo agrícola. El sistema de explotación minera repercute en el orden social y establece una nítida relación de burguesía y proletariado, mientras que las formas de trabajo campesino se concretan, por lo general, en relaciones de feudalidad y servidumbre. Los pocos casos de mecanización agrícola y el sedicente régimen de los *avilus* o comunidades indígenas, no alcanzan a modificar la fisonomía típicamente feudal del sistema de producción agrario en el país.

Entre la minería y la agricultura se interpone una embrionaria industria fabril, que impone relaciones de trabajo propiamente capitalista.

Ahí tenemos, en forma muy esquemática, el estado de desarrollo de las fuerzas productivas del país y de las relaciones económico-sociales que les son implícitas.

La producción minera, a pesar del empleo de la técnica moderna, sobre todo en las grandes empresas, no ha transformado la economía nacional ni ha contribuido al mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo boliviano, porque su rendimiento, exceptuando un mínimo porcentaje de participación estatal, emigra y beneficia a entidades financieras extrañas a la nación.

El D. S. de 2 de junio último, estableciendo el monopolio de exportación de minerales, y la subsiguiente nacionalización de los grandes grupos mineros que anuncia el actual gobierno, constituyen, por eso, medidas de gran trascendencia, llamadas a transformar la economía del país, siempre que tales medidas sean debidamente ejecutadas y no se las detenga en medio camino.

La producción agrícola, por su parte, es insignificante debido a los métodos primitivos de trabajo y a las trabas que le opone el sistema feudal de apropiación dentro del cual se desenvuelve. Consecuencias inevitables de este sistema de producción son, por consiguiente, la existencia de enormes superficies de tierra ociosa, la falta de tecnificación e industrialización agrícola y un estado de verdadera miseria e incultura en las masas campesinas.

Finalmente, la producción fabril, fuera de ser muy pequeña, casi insignificante, resulta muchas veces, contraproducente para los consumidores y para la economía del país, no sólo por su mayor costo y calidad inferior en relación con los artículos importados, sino también porque constituye una fuente de indecorosos negociados y monopolios. La mayor parte de las llamadas "fábricas nacionales" tiene pues, como se sabe, una existencia irreal, ficticia, que más que beneficiar al país, lo perjudican . . . Por ello se plantea la urgente necesidad de la intervención estatal en la reglamentación de los capitales que se invierten, de las ganancias que se obtienen y de los beneficios económicos y sociales que deben brindar al país.

Este sombrío panorama de la economía nacional y las deplorables condiciones de vida que soporta la mayor parte de la población boliviana, obedecen a factores tanto internos como externos. Los primeros arrancan

de la estructura social del país, de la dinámica de su organización clasista. Si en el orden de las relaciones del trabajo agrario impera, tradicionalmente, una clase terrateniente ultraconservadora y reacia a la tecnificación agrícola, en el orden de la minería y de la industria fabril hay una incipiente clase burguesa desatentada e inconsecuente, que con servilismo se somete a las maniobras del capitalismo internacional, traicionando los intereses generales del país y aun sus propios intereses de clase. A esta burguesía nacional —o sub-burguesía más propiamente hablando— le habría correspondido promover y diversificar la industrialización del país, liquidar el trabajo servidumbral del campo y lograr, por último, la emancipación económica de la República; pero prefiere subalternizarse voluntariamente y medrar al amparo de las fuerzas imperialistas, coonestando su política absorcionista y parasitaria, que condena al país, a la monoproducción minera y a la condición de simple semicolonía.

De aquí, cabalmente, la necesidad histórica de que otras fuerzas populares, verazmente revolucionarias y patrióticas, cumplan la misión trascendental de libertar al país de todo género de explotación, tanto interna como externa, conectando su acción, en ritmo cada vez más vigoroso y permanente, con las corrientes del proletariado mundial, que persiguen la edificación socialista de la humanidad...

6 *El factor hombre en la economía boliviana.* En el desarrollo de las fuerzas productivas de una sociedad juega un papel preeminente y decisivo el factor hombre, concurriendo al proceso de dichas fuerzas como capacidad cultural y técnica y también como número. Capacidad cultural y técnica y cierta densidad demográfica son, pues, indispensables para una mejor organización de la sociedad y para acelerar el ritmo de su progreso.

Ahora bien: En qué condiciones se desenvuelve este “factor hombre” en nuestro país? Si numéricamente es escaso, culturalmente su nivel es bajísimo, en la mayor parte de la población.

José María Dalence calculaba en 978.926 habitantes la población inicial de Bolivia, cuando ésta se constituía en República independiente el año de 1825. Después de 127 años dicha población alcanza apenas a 3 019.031. Estamos pues frente a un “resultado aterrador para nuestra realidad demográfica”, como sostiene el “Comentario” de la Comisión del Censo de 1950. Según el mismo documento estadístico, “un incremento vegetativo pequeño y un decrecimiento migratorio” condicionan el proceso demográfico del país.

En cuanto al grado de cultura de nuestro pueblo, basta saber que Bolivia y Egipto comparten el triste renombre de tener el mayor índice de analfabetismo en el mundo, conforme se evidencia por los estudios realizados al respecto por la Sociedad de las Naciones Unidas.

Pero no es sólo por su incultura y su escasez numérica que se caracteriza nuestro pueblo, sino también por su tremenda depauperación biológica, transmitida al través de generaciones, y que va determinando una raza desmembrada y enclenque, física e intelectualmente. En una de las publicaciones que difunde la UNESCO, el especialista brasileño Josué de Castro, refiriéndose a las condiciones alimentarias de la América del Sur, dice lo siguiente: “. . . *este continente figura entre las grandes zonas de sub-alimentación y de hambre de este mundo*”. “. . . dos tercios por lo menos de las poblaciones sudamericanas, es decir, unos 60 millones de individuos, viven en un estado de sub-alimentación constante, y un tercio por lo menos, o sea unos 30 millones, viven en un estado de verdadera inanición crónica.”

Con toda seguridad, entre los pueblos sudamericanos, Bolivia ocupa la situación más desastrosa y alarmante en este orden. Esta presunción nuestra se halla confirmada, desde luego, por el profesor doctor Pedro Alberto Escudero, Jefe de la Misión Argentina que estudió en 1946 las condiciones alimentarias del país, cuando este especialista afirma lo siguiente: “El subconsumo de Bolivia es el mismo suceso observado en la mayor parte de América Latina, *pero en ella ha llegado al grado mayor*; esta situación es bien conocida: autoridades de gobierno, médicos y financistas lo han mentado. La dificultad mayor está en hallarle una solución viable”

“El subconsumo, mantenido muchos años —prosigue Escudero— aminora primero y degenera después a las poblaciones; estos hechos no se producen en forma dramática o llamativa, como acontece con las epidemias; su obra destructiva es muy lenta y solapada, el común de las gentes no ven sus estragos ni lo creen. Hemos demostrado experimentalmente y probado por la investigación social, que pequeños errores de la alimentación mantenidos constantemente suprimen la familia en la cuarta generación”.

Por su parte, Remberto Capriles Rico y Gastón Arduz Eguía, en su importante estudio sobre “El problema social en Bolivia. Condiciones de vida y de trabajo”, refiriéndose a la alimentación del campesino altiplánico, afirman lo que sigue: “Sobre las condiciones de vida del indígena agricultor en la meseta interandina, sería ocioso embarcarse en descripción

extensa; quienquiera que haya cruzado la altiplanicie boliviana la conoce de sobra. Sabe que la alimentación del indígena agricultor, afectada también por el uso de la coca, no sólo es frugal y sobria, como se gusta repetir, sino que es *misérrima*".

Según el doctor Juan Manuel Balcázar, en Bolivia padecen desnutrición inclusive las clases superiores; y, en general, las condiciones alimentarias del país, le merecen las siguientes apreciaciones: "Diariamente la prensa registra cifras pavorosas sobre la desnutrición infantil, con sus secuelas de anemia, raquitismo, caries dentarias, etc., cifras emanadas de la Sanidad Escolar o de otras reparticiones públicas; y un conformismo ciego permite que las fuerzas vitales sigan el plano inclinado que las conducirá a la bancarrota"... "En el campo hay también desnutrición, quizá en mayor grado que en las ciudades. Es que el habitante del campo no es dueño de la tierra; se alimenta de los desechos"... "No solamente las clases populares —concluye Balcázar— sufren desnutrición. Las más cultas y adineradas ignoran todavía la influencia de la alimentación dirigida"...

Hace pocos días, el señor Presidente de la República, doctor Víctor Paz Estenssoro, en un discurso pronunciado ante representantes del Ejército, refiriéndose a este mismo problema, se expresó en estos términos: "He contemplado con preocupación que cuando se llama a los conscriptos, el 60% y a veces más son rechazados por falta de peso, talla u otras condiciones a pesar de que nuestros standards de constitución física son mínimos."

El fundamento científico de este fenómeno de minoración humana como consecuencia de la alimentación deficiente, lo encontramos en estos conceptos categóricos del doctor Abelardo Ibáñez Benavente: "El estudio de la alimentación de un pueblo da, más que cualquier otro, una idea verídica sobre su fortaleza. Es en este estudio y en sus conclusiones que radica la explicación lógica de la exigüidad de la talla, del peso y de la musculatura del obrero boliviano en general. A estas condiciones de inferioridad física debe corresponder también un estado de deficiencia intelectual. Como consecuencia total, un rendimiento inferior de la raza para el trabajo físico y para el trabajo intelectual."

Podríamos multiplicar hasta el infinito estas citas de estudiosos o de especialistas más o menos autorizados sobre la materia, ya nacionales o ya extranjeros, que nos llevan a la evidencia de que la mayor parte del pueblo boliviano vive en permanente estado de desnutrición, debatiéndose en una alarmante decadencia orgánica que se acentúa a ojos vistas. Sin embargo,

tales opiniones, por muy doctas que sean, por lo general se reducen a verificar el hecho, pero sin detenerse a investigar las causas profundas que determinan el mal, o encontrándolas, en el mejor de los casos, en antecedentes periféricos o de muy secundaria importancia.

Pero no concluye aquí esta cadena de infortunios del pueblo boliviano. Las grandes mayorías nacionales, condenadas a la desnutrición y la incultura, a la más espantosa miseria física y espiritual, a causa de la inhumana explotación de que son víctimas, todavía son responsabilizadas de cuantos errores se han cometido en el país y de su falta de progreso, amén de soportar el menosprecio y la difamación sistemática de sus mismos opresores, que les encuentran todos los estigmas y defectos imaginables. Bajo la autoridad intelectual de Gabriel René Moreno y de Alcides Arguedas se ha formado una verdadera escuela cuyo *leit motiv* ha sido expurgar vicios y defectos en mestizos e indios y crear un concepto de inferioridad fatal e irredenta para nuestro pueblo. Fuera de una que otra voz aislada en defensa del indio, como en el caso de Franz Tamayo, y de Gustavo Adolfo Otero, en "Creación de la Pedagogía Nacional" y "Figura y Carácter del Indio", respectivamente, el concepto dominante en nuestro medio es el que han difundido los autores primeramente citados. Y si bien el indio ha tenido quienes lo exalten por lo menos en forma lírica, recordando, sobre todo, el pasado incaico, el mestizo siempre ha quedado huérfano de toda palabra de aliento, del menor juicio favorable que pudiera levantar su espíritu y estimular sus anhelos de superación. Las opiniones adversas son, por el contrario, abundantísimas. La literatura relativa al mestizo ha hecho gala de sabiduría pseudocientífica, que en veces llega a lo pueril y ridículo, para descubrir en él las más recónditas y sutiles asimetrías morales y adjudicarle, con carácter de privilegio, una serie de anomalías y deformidades psicológicas.

El mestizaje es un fenómeno antiguo, cuyos orígenes datan desde la prehistoria; desde aquellos oscuros procesos sinérgicos que aglutinaron grupos elementales y dieron lugar a la formación de las llamadas "sociedades compuestas". Este fenómeno se intensifica cada vez más, paralelamente al radio de expansión de las relaciones intersociales, hasta culminar, probablemente, en un porvenir más o menos lejano, en esa síntesis total de *panmixta* o mestizaje universal, que predicen muchos etnólogos modernos.

Sin embargo, esto no quiere decir que desaparezcan por completo las diferentes razas o variedades humanas. Según Hrdlicka, "el fenómeno de

raciación, es decir el desarrollo dentro de una especie, en el tiempo, de diferentes estirpes, variedades o razas, es una manifestación biológica universal, que abarca el mundo zoológico y el vegetal, como una calidad inherente al proceso natural de la diferenciación orgánica de la evolución". "La raciación se debe, al decir del mismo autor, a la innata plasticidad y la variabilidad de la materia orgánica viva, a la acción que sobre ella ejercen las condiciones del medio, a la influencia de factores como la herencia, la selección natural, la hibridización, la separación de los grupos, y a la presencia, por último, de los llamados fenómenos de mutación, o cambios repentinos en los caracteres de las especies o variedades de los seres organizados".

Por su parte la civilización, el progreso técnico, al convertir el mundo en una unidad geográfica cada vez más estrecha e interdependizada, tendrá que fomentar sin duda el mestizaje en vasta escala, dando lugar a la formación de nuevas razas o variedades humanas.

De todos modos, la humanidad del futuro tendrá que estructurarse probablemente a base de una armónica coexistencia de razas, concertando las cualidades de todas ellas en superiores ideales de perfección y bienestar común. Naturalmente, para llegar a este estado será menester que la humanidad alcance, ante todo, nuevas formas de organización social, cuya razón de ser no consista en la lucha de unos hombres contra otros hombres, alinderándolos arbitrariamente en clases, pueblos o razas, sino en la lucha del Hombre, integralmente considerado, contra la Naturaleza, contra las condiciones del medio geográfico y cósmico, para lograr una era de convivencia más feliz y verdaderamente racional, que sea digna de la excelsa categoría alcanzada por el "Homo Sapiens" en el curso de la evolución orgánica.

En el caso de Bolivia, dentro de su limitado ámbito, será también esa, seguramente, la meta hacia la cual tenga que arribar el proceso miscigenativo de nuestro pueblo, a medida que desaparezcan las diferencias y prejuicios que fomenta la actual organización social.

La sabiduría antimestiza y antiindígena hace especial hincapié en el aspecto psicológico de los elementos populares del país, esforzándose en presentar a éstos como casos de anormalidad irremediable. Empero, quienes llegan a semejante conclusión olvidan que las manifestaciones psíquicas o espirituales adquieren mayor o menor elevación de acuerdo a las condiciones de vida en medio de las cuales se desenvuelven los hombres. Tanto en el plano individual como en el colectivo o social, *las formas de conciencia*

se explican por las formas de existencia y no en el orden inverso, según un conocido principio filosófico que se yergue victoriosamente sobre las concepciones idealistas y sobre las falaces elucubraciones del darwinismo social.

El criterio de verdadera discriminación racial con que se ha juzgado a indios y mestizos no tiene otro fundamento que el vanidoso concepto de superioridad que han forjado para sí las clases dominantes, encumbra-
das sobre el privilegio económico, el cual trae, a su vez, las demás formas de privilegio en el orden político, cultural y social.

La Genética moderna, en su rama progresiva y más consecuente con la ley general de la evolución, sostiene que los caracteres adquiridos por los seres orgánicos bajo la influencia de las condiciones de vida, son transmisibles por herencia.

Siendo transmisibles las cualidades adquiridas, es lógico pensar que un medio circundante favorable puede ir mejorando gradualmente la naturaleza de los seres orgánicos, con mayor razón tratándose del hombre, que a su extraordinaria plasticidad, une la facultad de reaccionar, conscientemente, aun contra sus propias imperfecciones. Lo que quiere decir que, en el caso del ser humano, la forma de vida, las condiciones del medio económico y social, juegan un papel decisivo en la constitución de sus caracteres biológicos y mentales, tanto en el orden individual como en el racial o colectivo.